



Casa estudio Max Cetto

Marcelino Pacheco Meléndez



Fotografía: Andrés Cedillo

Al sur de la Ciudad de México, en la cuenca y límite del hoy inexistente lago que cubría gran parte del valle, yace el Pedregal de San Ángel, testigo de los embates de la naturaleza. Consecuencia de la erupción del volcán Xitle, el Pedregal conforma un territorio donde flora y fauna coexisten en las vertiginosas y desafiantes formaciones geológicas del lugar.

Su bravura indomable y sus paisajes vírgenes encantaron a Luis Barragán, quien encontró la poética del jardín en sus montes pedregosos de lava. En este sitio decidió crear un recinto urbano que integrara los valores estéticos del movimiento moderno y el pensamiento clave de personajes como Frank Lloyd Wright y Richard Neutra.

La planeación del fraccionamiento Jardines del Pedregal se llevó a cabo de 1945 a 1950, cuando Luis Barragán mantenía una estrecha relación con el movimiento artístico cultural mexicano de la época, personajes como Carlos Pellicer y Dr. Atl permearon su pensamiento. Diego Rivera escribió en el texto “Requisitos para la organización del Pedregal” de 1946-1947 las bases para su concepción general, las cuales Barragán retomaría. Pocos autores serían capaces de sintetizar la visión que Barragán tenía del conjunto y de su arquitectura, entre ellos el uso de materiales constructivos del lugar y la búsqueda de un carácter formal que entendiera el espíritu del Pedregal.

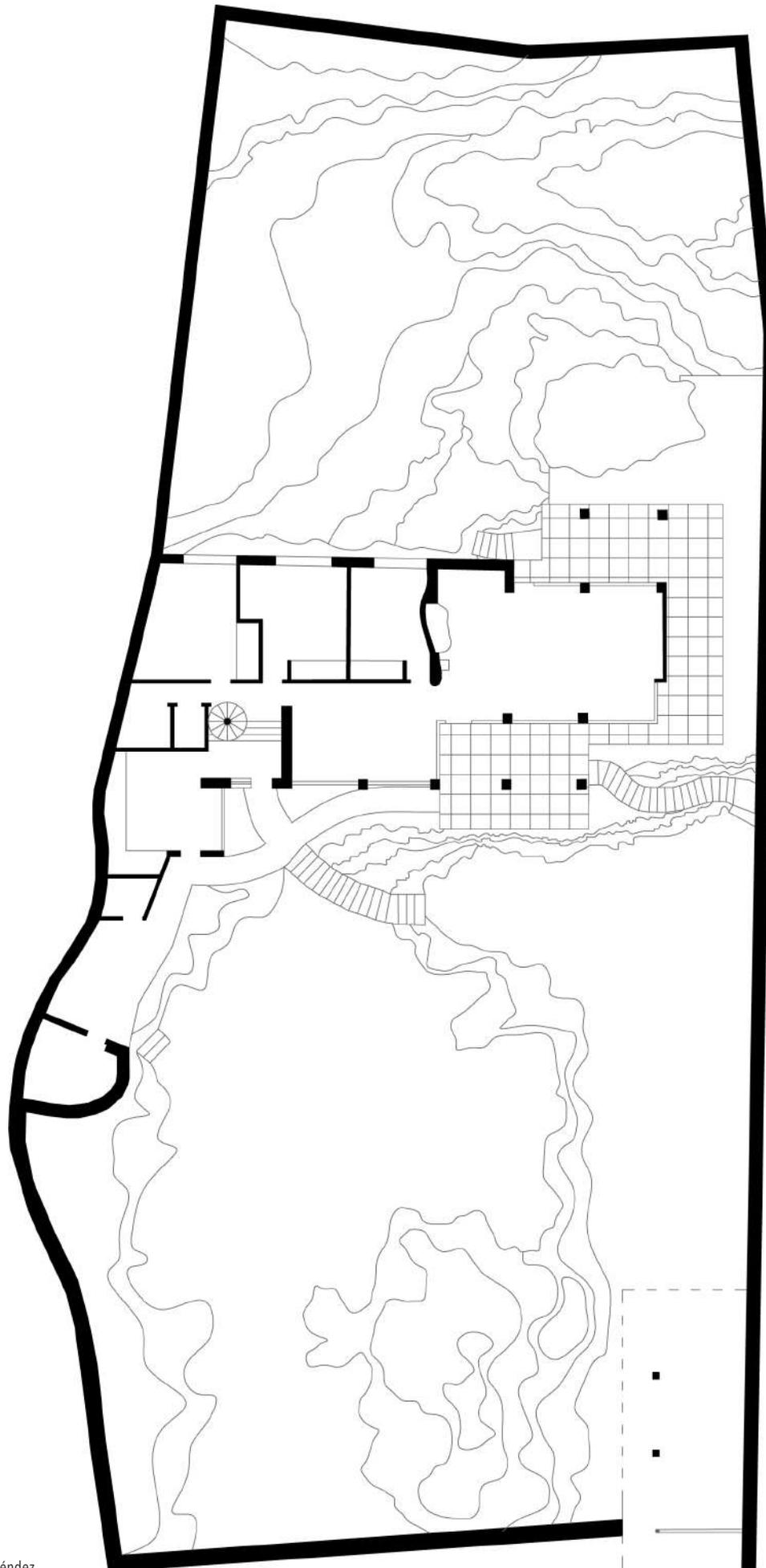
De origen alemán, el arquitecto Max Ludwig Cetto Day (Coblenz, Alemania, 1903) en aquel momento contaba con reconocimiento internacional al haber participado en el concurso de la Liga de las Naciones, en Ginebra, con un proyecto que lo llevó a ser miembro fundador del Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM) de 1928 a 1938, cuando, por consecuencia del extremismo ideológico viajó a Estados Unidos como muchos otros arquitectos modernos. En este país conoció a Frank Lloyd Wright y trabajó por un breve periodo en la oficina de Richard Neutra en San Francisco.

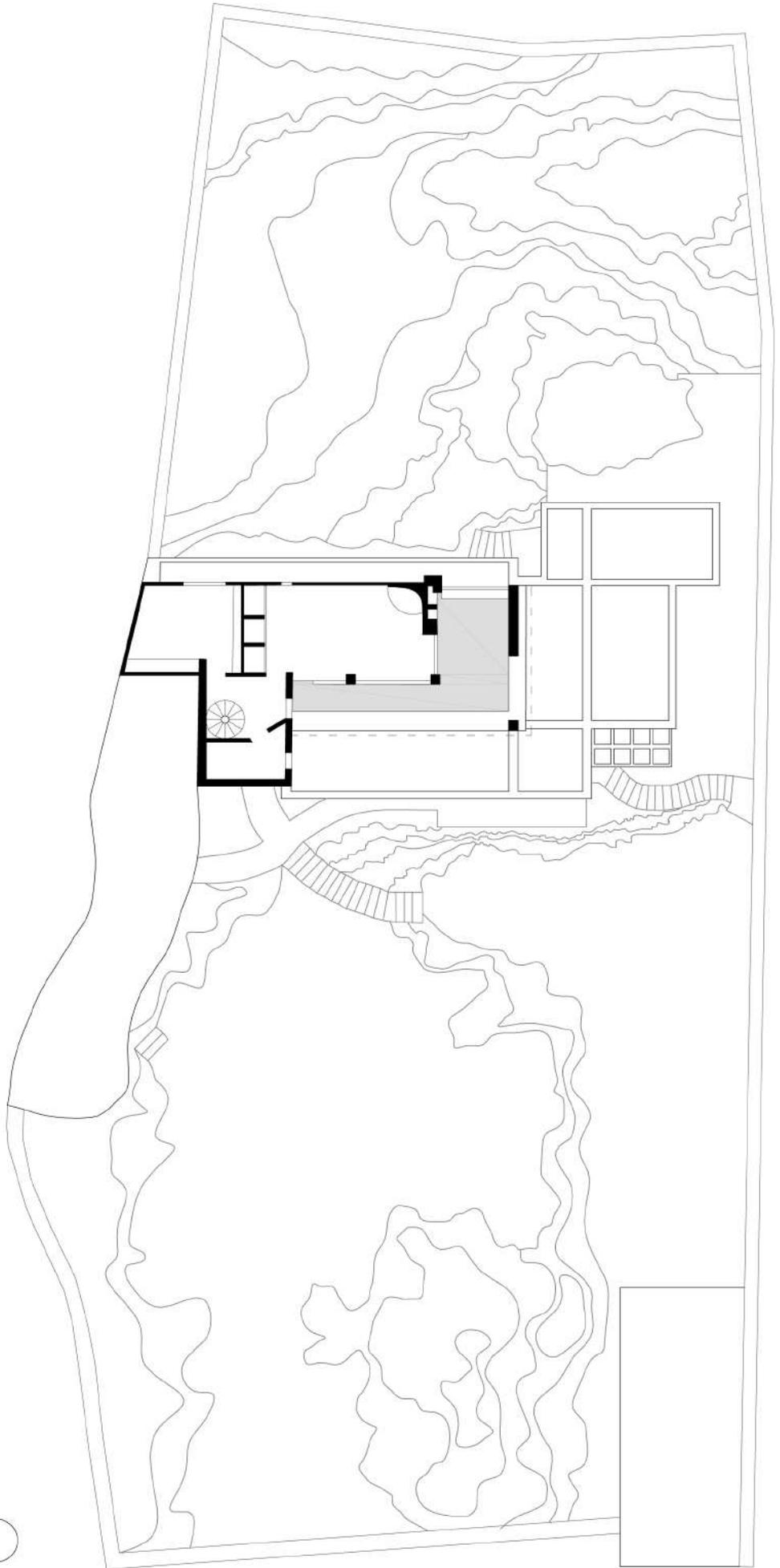
Finalmente, Max Cetto llegó a México en 1939. Sus primeras colaboraciones fueron con José Villagrán García, Jorge Rubio y Luis Barragán, este último lo invitó en 1948 a trabajar en las primeras propuestas arquitectónicas de Jardines del Pedregal: la casa Prieto López y las casas muestra.

En paralelo, Cetto comenzó –desde 1948– a imaginar su propia casa en el inhóspito y deshabitado paisaje. En 1949 se mudó a la que sería la primera casa del Pedregal, ubicada en la calle de Agua 130, con su esposa Catarina Kramis y sus hijas mayores, Verónica y Ana María; la tercera hija, Bettina, nació cuando la familia ya vivía ahí.

La casa es distinta a las otras del conjunto y parte de una condición diferente, ya que el terreno donde se construyó fue de menor área que la permitida, Barragán le hizo a Cetto una concesión especial para que pudiera financiar la construcción.

Los valores compositivos del proyecto derivan de la materialidad del Pedregal y su cualidad tectónica. La piedra que nace de la superficie rocosa se muestra en la fachada como gesto de la interacción entre las fuerzas de la naturaleza; a ella se adosan una barda de piedra y un portón de madera que da acceso a la casa. Al entrar al predio, la cubierta plana del garaje limita la visión y marca ritmos en las experiencias del recorrido. Las formas simples de la construcción se posan sobre el punto más alto del terreno







Fotografía: Andrés Cedillo

de singular topografía, acrescentada en forma de olas de lava petrificadas y cavernas. Se trata de un volumen horizontal de dos niveles custodiado por un jardín, en el cual se combinan estanques de agua irregulares con diversas especies endémicas y exóticas traídas de diversos lugares por Catarina Kramis, diseñadora del jardín. La vegetación se apropia de la dura apariencia de las escarpadas superficies, de las que nace, labrada en la misma topografía, la escalera de piedra braza que conduce a la planta baja de la casa.

Los espacios en la planta baja están dispuestos en un partido donde los servicios se desvincularon de las áreas de estar acomodados en el muro curvo de la colindancia norte. En el acceso principal hay un pequeño vestíbulo que conecta las habitaciones familiares con vistas al jardín posterior. A la derecha, un pasillo conduce al elemento central de la estancia: la chimenea-muro de piedra, centro de la vida cotidiana acorde con las ideas de la arquitectura orgánica. Mediante su transparencia, la estancia-comedor está en constante relación con los jardines y las terrazas cubiertas a ambos lados, lo que favorece la vida al exterior. En la parte posterior del predio, el jardín presenta una superficie aún más accidentada, con pliegues de lava y cavernas; ahí la vegetación crece con mayor libertad, lo cual le confiere un carácter más salvaje.

La fachada principal, al poniente, está compuesta por un juego de losas de concreto horizontales; se adosan a un volumen vertical de piedra que hoy se aprecia como una torre recuperada por la vegetación. Los muros de piedra, la madera, el acero y el cristal, en conjunto con las losas planas de concreto, adoptan un lenguaje racionalista en la composición que mantiene relación con el lugar, lo que aporta una expresión particular y única a la casa.

La materialidad al interior, mediante el uso de piedra, madera, barro y concreto, logra que hoy en día la casa preserve una atmósfera de calidez, aunque las necesidades a través del tiempo han modificado el espacio. Max Cetto realizó una serie de intervenciones en 1951-1952: añadió un segundo nivel donde ubicó su taller-estudio, una habitación y un baño. Dicha ampliación constituye un aporte plástico a la obra, muestra de ello es la escalera helicoidal de concreto armado que parece hecho de piedra braza labrada y que se levanta en piezas sólidas flotantes, sostenidas sólo por un poste en el centro. La helicoidal es un ejercicio estético que ya se observaba en la casa Quintana de Tequesquitengo, Morelos, de 1947.

Durante aquellos años, varios artistas mexicanos exploraban el regionalismo en la arquitectura y la concepción de una obra de arte total.



Fotografía: José Manuel Márquez Corona



Fotografía: Andrés Cedillo





Fotografía: Andrés Cedillo

Max Cetto no fue la excepción, el diseño de su estudio se convirtió en un ejercicio particular para el arquitecto: plasmó en el techo un mural pétreo a base de tezontle rojo y otras piedras de colores. La tectónica del mural cobra protagonismo en el espacio arquitectónico que incluso se aprecia desde el jardín en ciertos ángulos. El mural representa los signos zodiacales de la familia y los símbolos de Júpiter, Saturno, Venus, el Sol y la Luna; al centro hay una cruz formada por cuatro hombres de distinto color que sostienen en alto un martillo. En la esquina, el estudio se completa con una chimenea de lajas de barro rojo en una geometría que recuerda a las de Hans Poelzig, su maestro; esta similitud era mayor en las fotografías antiguas, donde no aparece el arco actual en la embocadura. Una terraza con ahumador domina la vista sobre ambos jardines.

En la actualidad, la casa sigue siendo propiedad de las hijas de Cetto y el jardín es cuidado por el mismo jardinero —Juan Flores— desde hace más de cincuenta años, con la intención de conservar la idea original de su diseñadora. La construcción fue utilizada durante algunos años como oficina de proyectos especiales de la Facultad de Arquitectura de la UNAM; hoy la ocupa la Fundación INBA, donde trabajan los bisnetos de Cetto, Ana y Max.



Fotografía: José Manuel Márquez Corona





Fotografías: Andrés Cedillo



Marcelino Pacheco Meléndez
Estudiante de la licenciatura en Arquitectura
Facultad de Arquitectura
Universidad Nacional Autónoma de México
✉ marce.jmpm@gmail.com